

CARLOTA EN WEIMAR

THOMAS MANN

CARLOTA
EN WEIMAR

Traducción de Francisco Ayala



Mann, Thomas

Carlota en Weimar. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2014.
512 p. ; 14x22,5 cm.

Traducido por: Francisco Ayala
ISBN 978-987-628-287-1

1. Narrativa Alemana. 2. Novela. I. Francisco
Ayala, trad. II. Título
CDD 833

Título original: *Lotte in Weimar*

Traducción de Francisco Ayala

Diseño de la cubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far

Primera edición: junio de 2006

Primera edición impresa en Argentina en Edhasa Literaria: febrero de 2014

© 1939 by Bermann-Fischer Verlag AB, Stockholm

Renewed 1967 by Katia Mann

© de la traducción: Francisco Ayala

© de la presente edición: Edhasa, 2006, 2014

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-287-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Arcangel Maggio-División Libros

Impreso en Argentina

CAPÍTULO 1

Mager, el camarero de la hostería el Elefante en Weimar, hombre instruido, vivió un episodio agitado y alegremente confuso en un día todavía casi estival, bien entrado septiembre del año 1816. No es que hubiera en el acontecimiento nada fuera de lo natural; y sin embargo, puede decirse que durante un momento creyó Mager estar soñando.

En la posta ordinaria de Gotha llegaron este día, poco después de las ocho de la mañana, tres mujeres, que descendieron frente a la renombrada casa, junto al mercado, y en las que a primera vista —y aun a la segunda— no podía advertirse nada de extraño. Su relación recíproca era fácil de establecer: eran madre, hija y doncella. Mager que, de pie en la portada, estaba preparado para la reverencia de bienvenida, vio cómo el mozo de la hospedería ayudaba a las dos primeras a bajar desde el estribo al suelo, mientras que la criada, llamada Clarita, se despedía del postillón junto al que había venido sentada y con el que parecía haberse entretenido bien. El hombre la miraba sonriendo, probablemente al recordar el dialecto forastero que hablaban las viajeras, y la siguió todavía con los ojos de un modo algo burlón, mientras que ella descendía desde su alto asiento, no sin innecesarios alardes, ademanes y monerías. Des-

pués se sacó del hombro el cordón de su trompeta y comenzó a soplar con mucho sentimiento para recreo de algunos muchachos y madrugadores que presenciaron la llegada.

Las señoras estaban aún en pie, de espaldas a la casa, junto a la diligencia, para vigilar el descenso de su equipaje, por lo demás modesto, y Mager esperaba el momento en que, tranquilizadas acerca de su propiedad, se volvieran hacia la entrada, para, enseguida, muy diplomático, salirles al encuentro en la acera con una sonrisa obsequiosa y al mismo tiempo algo turbada en su rostro de color queso, rodeado por una barba rojiza; metido en su abotonado frac, su relavada corbata sobre el cuello deteriorado y sus pantalones muy ajustados sobre sus pies enormes.

—¡Buenos días, amigo! —dijo la dama que parecía ser la madre, una matrona metida en años, lo menos al final de la cincuentena, un poco llena, con un vestido blanco y abrigo negro, guantes cortos de hilo y una capota alta, bajo la que se veía el rizado cabello, de un gris ceniza, que antes había sido rubio—. Necesitamos alojamiento para tres, una alcoba de dos camas para mi niña y yo —esta niña no estaba ya en la primera infancia; se hallaba cerca de la treintena; tenía tirabuzones castaños, una chorrerita alrededor del cuello; la naricilla finamente curvada de la madre era en ella un poco demasiado aguda, demasiado brusca— y un cuarto, no muy grande, para mi doncella. ¿Lo habrá?

Los ojos azules de la señora, de distinguida languidez, miraban, más allá del camarero, a la fachada de la hospedería; su boca pequeña, encuadrada en la gordura de los carrillos, se movía agradablemente. Tenía que haber sido

encantadora en su juventud, como todavía hoy lo era la hija. Lo que en ella llamaba la atención era un movimiento de la cabeza que producía el efecto de confirmar sus palabras y exigir un inmediato asentimiento, de modo que su causa parecía no tanto debilidad como viveza, o en todo caso, ambas cosas por igual.

—Muy bien —contestó el huésped, dirigiendo hacia la entrada a madre e hija, mientras que la doncella iba detrás moviendo una caja de sombreros—. En realidad tenemos todo ocupado como de costumbre y podríamos vernos fácilmente en el caso de tener que rechazar inclusive a personas de categoría; pero a pesar de ello no escatimaremos ningún esfuerzo por satisfacer lo mejor posible los deseos de las señoras.

—Está bien, pues —replicó la forastera, y cambió con su hija una mirada alegre de inteligencia acerca de la servicial manera de hablar del hombre, de fuerte matiz turin-go-sajón.

—¿Qué puedo ofrecerles? ¡A su disposición! —dijo Mager, cumplimentándolas desde el pasillo—. El recibimiento está a la derecha. La señora Elmenreich, la patrona de la casa, tendrá un placer... ¡A su disposición!

La señora Elmenreich —un alfiler en el tocado, el busto muy subido, envuelta a causa de la proximidad de la puerta en una chaqueta de punta— reinaba entre plumas, salvaderas y una máquina de calcular tras una especie de mostrador de tienda que separaba del vestíbulo la oficina en forma de nicho. Un empleado, bajando de su pupitre, trataba aparte, en inglés, con un señor de bufanda al que parecían perte-

necer unas maletas amontonadas a la entrada. La patrona, más bien mirando a los que llegaban con ojo flemático que tomando nota de ellos, contestaba al saludo de los adultos, a la marcada genuflexión de los muchachos, con dignas inclinaciones de cabeza, escuchaba con oído presto las demandas de cuarto transmitidas por el camarero, y tomaba un plano de la casa sobre el que pasaba la punta del lápiz.

—Veintisiete —precisó, vuelta hacia el mozo de mandil verde que esperaba con el equipaje de las señoras—. Una habitación para una persona, no puedo servirla. La *mamsell* tendrá que compartir la habitación con la doncella de la condesa Larisch de Erfurt. Tenemos ahora en casa muchos huéspedes con servidumbre.

Clarita puso hocico tras la espalda de su señora, pero la cosa quedó arreglada así.

—Habrà que aguantarse —declaró esta última, y pidió, dispuesta ya a ir, que la condujeran a la habitación, adonde tenían que llevar el maletín.

—Inmediatamente, madame —dijo el camarero—. Sólo falta llenar todavía esta formalidad. Por todos los santos, tenemos que pedirle que escriba unas líneas. No es nuestra la pedantería, sino de la Santa Hermandad. No puede salir de su rutina. Leyes y derechos se heredan, pudiera decirse, como una eterna enfermedad. ¿Quisiera tener la bondad y el obsequio...?

La dama rió, volviendo a mirar a su hija y moviendo la cabeza, entre divertida y sorprendida.

—Ah, sí —dijo—, lo olvidaba. ¡Todos los requisitos! Por lo demás, es usted un hombre de cabeza, según entiendo

—usaba la forma de lenguaje que podía haber sido corriente en su juventud—, leído y fuerte en citas. ¡Deme acá!

Y retrocediendo hasta la mesa cogió con los finos dedos de su mano sólo a medias calzada, la tiza colgada de una cuerda que le ofrecía la patrona, y se inclinó, riéndose todavía, sobre la pizarra de inscripciones en la que ya figuraban algunos nombres.

Escribió despacio, al tiempo que, poco a poco, cesaba de reír, y solo unos ruiditos divertidos y suspirantes siguieron a su alegría que iba enmudeciendo. El movimiento tembloroso de su nuca se hizo más perceptible y claro a consecuencia de la incomodidad de su postura.

La miraban. De un lado, la hija contemplaba por encima del hombro, levantadas en la frente las lindas cejas, de curva igual (eran heredadas de la madre), cerrada y torcida la boca burlona; y por el otro lado echaba ojeadas a lo escrito el camarero Mager, a medias para ver si utilizaba bien las rúbricas marcadas en rojo, y a medias por la curiosidad propia de las pequeñas ciudades, y con la satisfacción no por entero exenta de maldad de ver que para alguien hubiera llegado el momento de cesar en el papel de desconocido, grato en cierto modo, y dar su nombre y hacerse conocer. Por no se sabe qué motivo habían interrumpido también su diálogo el encargado de la oficina y el viajero inglés, y observaban a la que escribía moviendo la cabeza, y dibujando sus letras con un cuidado casi infantil.

Mager leyó, pestañeando: «Consejera áulica viuda Carlota Kestner, nacida Buff, de Hannover; última residencia,

Goslar; nacida el 11 de enero de 1753 en Wetzlar; acompañada de su hija y servidumbre».

—¿Basta con eso? —preguntó la consejera; y como nadie le contestara, resolvió ella misma—: Eso es bastante.

Quiso dejar enérgicamente el pizarrín sobre la mesa al decir esto, pero olvidó que no estaba suelto y rompió el soporte de metal de que colgaba.

—¡Qué torpe! —dijo sonrojándose, al mismo tiempo que echaba una rápida mirada a su hija, que con la boca burlonamente cerrada mantenía bajos los ojos—. Bien, eso se arregla pronto, y ya está todo hecho. Dispongámonos ahora por fin para llegar a nuestra habitación.

Y con cierta precipitación se dirigió al pasillo.

Hija, doncella y camarero, seguidos por el mozo calvo que llevaba los estuches y maletas de viaje, la siguieron por el corredor hacia la escalera. Mager no había cesado de pestañear, prosiguiendo entretanto de manera tal que, a intervalos, parpadeaba tres o cuatro veces muy deprisa y luego miraba inmóvil, con los ojos enrojecidos, manteniendo abierta la boca de un modo que no podía llamarse atontado, sino por así decirlo con cierta finura. Estaba en el rellano del primer tramo de escalera cuando hizo detener el grupo.

—Pido perdón —dijo—. Pido perdón encarecidamente, si mi pregunta... No es una vulgar e inadmisibles curiosidad... ¿Tenemos el placer?... ¿Es la señora consejera Kestner, madame Carlota Kestner, nacida Buff, de Wetzlar...?

—Yo soy —confirmó sonriendo la señora mayor.

—Pienso... Claro está, es cierto; pero pienso... ¿No se trata, en fin, de Carlota, o familiarmente Lotta, Kestner,

nacida Buff, de la Casa Alemana, de la Casa de la Orden alemana de Wetzlar, la que en un tiempo...

—Esa misma, amigo. Pero no soy «la que en un tiempo», estoy aquí, muy actual, y desearía que el cuarto que me han dado...

—¡Enseguida! —exclamó Mager, y con la frente baja tomó impulso para apresurarse; pero quedó como plantado en el mismo sitio, entrelazando las manos—. ¡Tiempos queridos! —dijo con profundo sentimiento—. ¡Tiempos queridos, señora consejera! La señora consejera me perdonará si mis pensamientos no unen enseguida la identidad que aquí impera y las perspectivas que abre... Esto cae, por así decirlo, de un cielo alegre... Así, pues, la casa tiene el honor y la inapreciable distinción de que la verdadera y auténtica, el modelo, si es que puedo expresarme así... En una palabra, me encuentro ante la Lotta de Werther...

—Así será, amigo mío —replicó la consejera con sosegada dignidad, al tiempo que lanzaba una mirada de reprobación a la doncella que reventaba de risa—. Y si ello fuera una razón para mostrarnos sin tardanza nuestra habitación, pues somos mujeres fatigadas del viaje, me alegraría de ello.

—Al momento —exclamó el *marqueur*, y comenzó a andar deprisa—. El cuarto número veintisiete, Dios mío, está dos pisos más arriba. Nuestras escaleras son cómodas, como puede ver la señora consejera, pero si hubiéramos pensado... Sin duda que, pese a los muchos clientes... En todo caso, la pieza es aceptable, con vistas al mercado, y no le desagradará. Todavía no hace mucho se alojaron en ella el mayor Von Egloffstein y su señora, de Halle, cuando estuvieron

aquí para visitar a su señora tía, la dignataria del mismo nombre. En octubre del trece lo ocupó un general ayudante de su alteza imperial el gran príncipe Constantino. Esto es, en cierto modo, un recuerdo histórico... Pero, Dios mío, ¿qué hablo yo sobre recuerdos históricos, que para un hombre de sentimientos no pueden sostener la comparación con...? ¡Sólo unos pasos más, señora consejera! De la escalera está sólo a unos pocos pasos, por este corredor. Recién blanqueado, señora consejera. Desde el final del año trece, después de la visita de los cosacos del Don, hemos tenido que renovar las escaleras, cuartos, pasillos y sala de conversación, lo que tal vez de otro modo se hubiera aplazado durante mucho tiempo. Las violencias salvajes de los acontecimientos mundiales nos han obligado a ello, de donde puede sacarse la enseñanza de que las renovaciones de la vida no se producen tal vez sin que las venga a ayudar una violencia. Por lo demás, no quiero atribuir exclusivamente a los cosacos el mérito de nuestras reparaciones. Hemos tenido también prusianos y húsares húngaros en casa, sin hablar de los franceses que le precedieron... Ya hemos llegado. ¡Tenga la bondad, señora consejera!

Se inclinó dando la entrada al cuarto con la puerta en ángulo. Los ojos de las mujeres vagaron en fugaz examen sobre las reforzadas cortinas de muselina de ambas ventanas, el espejo de consola con marco dorado y algo manchado, naturalmente, que estaba entre ellas, las camas cubiertas de blanco, que tenían un pequeño dosel común, las restantes comodidades. Un grabado de paisaje con un antiguo templo adornaba la pared. El suelo brillaba limpiamente encerado.

—Perfecto —dijo la consejera.

—¡Qué dichosos seríamos si las señoras se encontraran aquí tolerablemente cómodas! Si algo les falta, aquí está la campanilla. Esto es para el agua caliente. Tendríamos tanta satisfacción si la señora consejera se sintiera cómoda...

—Desde luego, querido. Somos gente sencilla y contentadiza. ¡Gracias, buen hombre! —dijo al mozo de la casa que había descargado en el suelo los paquetes que traía colgados del hombro, y se alejaba—. Y gracias también a usted, amigo mío. —Se dirigió al camarero con un movimiento de cabeza que quería despedirle—. Estamos servidas y atendidas, y ahora quisiéramos sólo un poco...

Pero Mager permaneció inmóvil, con los dedos entrelazados y clavando los ojos enrojecidos en los rasgos de la señora.

—Gran Dios —dijo—, señora consejera, ¡qué acontecimiento digno de ser escrito! Quizá la señora consejera no comprenda bien las impresiones de un hombre de corazón que inesperadamente y contra cuanto pudiera calcularse se ve ante un acontecimiento tal, con sus perspectivas conmovedoras... La señora consejera está por así decirlo acostumbrada a las circunstancias y a la identidad, sagrada para nosotros, de su señoría; toma la cosa en la medida de lo posible a la ligera y sin concederle mayor importancia, y no calcula bien cómo un alma sensible, literaria desde la juventud, que no lo preveía en lo más mínimo, ha de tener el ánimo al hacer conocimiento, si es que puedo expresarme así, le ruego me perdone, al enfrentarme con una personalidad aureolada por el destello de la poesía y al mis-

mo tiempo elevada por brazos de fuego al cielo de la gloria eterna...

—Querido amigo —replicó la consejera con risueña recusación, aun cuando hubiera podido interpretarse como asentimiento el temblor vacilante de su cabeza, que había vuelto a hacerse chocante en ocasión de las palabras que el camarero acababa de pronunciar. (La doncella estaba tras ella y miraba al hombre con curiosidad divertida en el rostro, agitado hasta casi saltársele las lágrimas, mientras que la hija trajinaba en el equipaje dentro del cuarto con ostensible indiferencia.)—. Querido amigo, yo soy una sencilla mujer ya de edad, sin ninguna pretensión; un ser como otro cualquiera; pero usted tiene un modo tan elevado y poco frecuente de expresarse...

—Mi nombre es Mager —dijo el camarero al mismo tiempo para darse a conocer. Dijo «Maher», con arreglo a su blanda pronunciación de la Alemania central; el acento tenía algo de obsequioso y tranquilizador—. Soy, si no es demasiada pretensión, el factótum en esta casa, la mano derecha, según suele decirse, de la señora Elmenreich, la propietaria de la hospedería; ella es viuda desde hace ya años; el señor Elmenreich, por desgracia, cayó víctima de los acontecimientos mundiales del año seis, bajo circunstancias trágicas que no son ahora del caso. En mi puesto, señora consejera, y en épocas como las que nuestra ciudad ha vivido, entra uno en contacto con hombres de muchas clases, pues desfila alguna que otra persona importante, sea por el nacimiento o por el mérito, y se adquiere, naturalmente, cierta costumbre de rozarse con personas de posición elevada, mezcladas en los aconte-

tecimientos mundiales, y con portadores de nombres que inspiran respeto y son capaces de estimular la imaginación. Es así, señora consejera. Sólo que esta familiaridad y curtidumbre profesional, ¿dónde está ahora? Nunca en mi vida, debo confesarlo, he tenido una recepción y un servicio que haya agitado mi corazón y mi espíritu como éste de hoy, en verdad digno de ser escrito. Pues como suele acontecer, sabía bien que la honorable señora, modelo de aquella figura eternamente graciosa, se encontraba entre los vivientes y habitaba en la ciudad de Hannover; ahora caigo en que lo sabía. Sólo que este saber carecía para mí de toda realidad y jamás he contado con la posibilidad de encontrarme frente a frente con este ser santificado. Sencillamente, nunca he soñado en ello. Cuando esta mañana, hace todavía pocas horas, desperté, estaba convencido de que hoy sería un día como cien más, un día acuñado como todos, lleno de las ocupaciones habituales y corrientes de mi cargo en el pasillo y junto a la pizarra. Mi mujer, soy casado, señora consejera, y madame Mager trabaja en un puesto de importancia en la cocina, mi mujer puede confirmar que yo no he dado señal alguna de presentir algo extraordinario. No pensaba otra cosa sino que a la noche se acostaría el mismo hombre que se había levantado por la mañana. ¡Y ahora! «Lo inesperado sucede a veces.» ¡Qué razón tiene la sabiduría popular al hacer esas agudas observaciones del mundo! La señora consejera perdonará mi arrebató y también mi locuacidad en cierto modo impertinente. «Aquello de que está lleno el corazón, sale por la boca», dice la sabiduría popular en su estilo no muy literario y sin embargo tan exacto. Si la señora consejera supie-

se el amor y veneración que profeso desde mi infancia, por así decirlo, hacia nuestro príncipe de poetas, el gran Goethe, y mi orgullo como ciudadano de Weimar por poder llamar a este hombre sublime uno de los nuestros... Si supiera lo que son en especial las *Desventuras del joven Werther* para este corazón de aquella época... Pero me callo, señora consejera; veo bien que eso no es para mí, aunque la verdad es que una obra tan sentimental como ésa pertenece a todos los hombres y regala a altos y bajos con los más íntimos arrebatos, mientras que sobre producciones como *Ifigenia* y *La hija natural* sólo puedan tener pretensiones las capas superiores. Cuando pienso cuántas veces madame Mager y yo juntos a la luz de la bujía nos hemos inclinado con las almas fundidas sobre esas páginas celestiales, y al mismo tiempo advierto que en este instante tengo ante mí a la inmortal heroína de fama mundial en plena corporeidad, como un ser igual que yo... ¡Cielos, señora consejera! —exclamó pegándose con la mano en la frente—. Yo charlo y charlo, y de repente caigo en la cuenta de que todavía no le he preguntado si la señora consejera ha tomado ya el café.

—Gracias amigo —contestó la señora, que había escuchado con tranquila mirada y al mismo tiempo con la boca ligeramente contraída la efusión del buen hombre—. Lo hemos tomado a su tiempo. Por lo demás, querido señor Mager, va usted demasiado lejos en sus equiparaciones y exagera demasiado cuando me confunde a mí, o bien a la joven criatura que fui, nada menos que con la heroína de aquel librito. No es usted el primero a quien tengo que hacérselo ver; vengo predicándolo desde hace veinticuatro

años. Aquella figura de novela que, naturalmente, ha adquirido una vida tan ampliada, una realidad tan decidida y solemne, que uno podría decir que de nosotras dos es ella la auténtica y verdadera, bien a mi pesar; esa muchacha se diferencia tanto de mi yo de entonces... y no hablemos de mi yo actual. Todo el mundo puede ver, por ejemplo, que tengo los ojos azules, mientras que, como es sabido, la Lotta de Werther es ojinegra.

—¡Una licencia poética! —exclamó Mager—. Sería necesario ignorar lo que es una licencia poética. Y ella no autoriza, señora consejera, a regatear el menor titulillo a la identidad existente. Tal vez el poeta se ha servido de eso con la finalidad de conseguir un cierto *cache-cache* para borrar un poco la huella...

—No —dijo la consejera, con un movimiento negativo de cabeza—, los ojos negros vienen de otro sitio.

—¡Y aunque así fuera! —repuso Mager celosamente—. Aun si esa identidad estuviera un poco debilitada por esas minúsculas desviaciones...

—Las hay mucho mayores —interrumpió la consejera enérgicamente.

—... queda, sin embargo, intacta por completo la otra con que aquélla se entrecruza y de la que es inseparable, la identidad consigo misma, quiero decir: con aquella persona igualmente legendaria de la que el gran hombre nos ha hecho en sus memorias, no hace todavía mucho tiempo, un retrato tan íntimo; y si la señora consejera no fuera hasta el último titulillo la Lotta de «Werther» sería siempre hasta en el último detalle Lotta Goe...

—Apreciado amigo —dijo la consejera poniendo término—, ha pasado un rato hasta que usted tuvo la amabilidad de mostrarnos nuestro cuarto. Y ahora no advierte que nos impide tomar posesión de él.

—Señora consejera —rogó el camarero del Elefante con las manos juntas—, perdóneme. Perdone a un hombre que... mi conducta no tiene disculpa, lo sé, y sin embargo, le pido su absolución. Alejándome inmediatamente... Me largo —dijo—, me largo de todos modos, aunque no fuera por consideración y cortesía, porque tengo que andar acá y allá; ¡cuando pienso que la señora Elmenreich a estas horas no tiene con seguridad idea, pues hasta ahora apenas si habrá echado una mirada a la pizarra de huéspedes, y aun en tal caso quizá su simple entendimiento...! ¡Y madame Mager, señora consejera! Me arranco a correr en su busca a la cocina para servirle la gran novedad literaria y social... Sin embargo, señora consejera, y precisamente para completar la conmovedora noticia, me atrevo a pedirle perdón por formular todavía una sola pregunta... ¡Cuarenta y cuatro años! ¿Y la señora consejera no ha vuelto a ver al señor consejero secreto en estos cuarenta y cuatro años?

—Así es, amigo mío —contestó ella—. Conozco al joven pasante de abogado, doctor Goethe, de la calle Gewand, en Wetzlar. Al ministro de Estado de Weimar, al gran poeta de Alemania, nunca lo he visto con los ojos.

—¡Es enorme! —exhaló Mager—. ¡Sobrepasa lo humano, señora consejera! Así pues la señora consejera ha venido ahora a Weimar para...

—He venido a Weimar —interrumpió la señora con un poco de altanería— para ver al cabo de muchos años a mi hermana, la consejera Ridel, y traerle también a mi hija Carlota que se encuentra de vacaciones conmigo, desde Alsacia donde vive, y que me acompaña en este viaje. Con mi doncella somos tres, y no podemos echar ese peso como huéspedes sobre mi hermana, que tiene familia propia. Por eso nos hemos apeado en la hostería, pero comeremos con nuestros deudos. ¿Está contento?

—¡Mucho, señora consejera, mucho! Aun cuando, siendo así, las señoras no asistirán a nuestra *table d'hôte*... El señor consejero Ridel y señora, Explanada, número seis... ¡Oh, lo sé! La señora también es nacida... lo sabía. Las circunstancias y relación me eran conocidas, sólo que no se me hacían presentes... Pasmarote de mí: esa señora figuraba entre aquella chiquillería que apretaba a la señora consejera en la antesala de la alquería cuando Werther entró allí por vez primera, y que tendían sus manecitas pidiendo la merienda que la señora consejera...

—Mi querido amigo —le cortó de nuevo Carlota—, no había ninguna consejera en aquella alquería. Antes de que, por casualidad, enseñe usted también a nuestra Clarita, que espera, su habitación, díganos mejor: ¿está lejos de aquí la Explanada?

—Ni lo más mínimo, señora consejera. Unos pasos. Aquí, en Weimar, no hay grandes distancias; nuestra grandeza está en lo espiritual. Yo mismo me ofrezco con alegría a acompañar a las señoras a casa de la señora consejera, a no ser que prefieran servirse de un coche de alquiler o *portechaise*, que no

faltan en nuestra residencia... Pero una cosa todavía, señora consejera, sólo una cosa: ¿no es cierto que, aun cuando en primer lugar sea la visita de su señoría a su señora hermana lo que ha traído a Weimar a la señora consejera, sin embargo, habrá ocasión sin duda, dentro de los planes de las señoras...?

—La habrá, querido, la habrá. Apresúrese ahora y traiga después aquí a la *mamsell*, pues la necesitaré pronto.

—Sí, y que me diga en el camino —medió la pequeña— dónde vive el hombre que ha escrito el magnífico *Rinaldo*, la conmovedora novela que ya he devorado cinco veces, y si es posible, teniendo suerte, verlo en la calle.

—Así ocurrirá, *mamsell*, así ocurrirá sin duda —contestó Mager, distraído, dirigiéndose con ella hacia la puerta. Pero todavía se detuvo ahí una vez más, apoyó una pierna frenando sobre el suelo y se mantuvo en equilibrio con la otra en el aire—. Una palabra más, señora consejera —rogó—. Una palabrita única y última, que se contesta enseguida. La señora consejera debe comprender... Se encuentra uno de repente ante el modelo, frente a la propia fuente... Señora consejera, ¿verdad que aquella última conversación, antes de la partida de Werther, aquella conmovedora escena a tres en que se habló de la santa madre y de la separación de la muerte, y Werther apretó la mano de Lotte y exclamó: ¡Nos volveremos a ver, nos volveremos a encontrar, nos reconoceremos bajo cualquier forma!, ¿no es cierto que descansa en la verdad, y no lo ha inventado el señor consejero secreto, sino que realmente ha sucedido?

—Sí y no, amigo mío; sí y no —dijo la acosada, benévola, con un temblor en la cabeza—. Vaya ahora; vaya.

Y el agitado escapó con Clarita.

Carlota suspiró profundamente, desembarazándose del sombrero. Su hija, que había estado ocupada durante el anterior diálogo colgando en la percha sus vestidos y los de su madre y distribuyendo el contenido del *necessaire* por la mesa de tocador y la mesita de aseo, le echó una mirada burlona.

—Ahí tienes —dijo—, tu estrella se descubre. No fue malo el efecto.

—Hijita —contestó la madre—, lo que tú llamas mi estrella, y más bien es una cruz, aunque sea la de una condecoración, vino sin que yo hiciera nada para ello, no siéndome dado impedirlo ni ocultarlo.

—Querida mamá, si nos hubiéramos alojado en casa de tía Amalia en lugar de hacerlo en la hospedería pública hubiera podido tenerse oculto durante más tiempo, aunque no para todo lo que dure esta venida un poco extravagante.

—Tú sabes bien, Lottita, que eso no podía ser. Tu tío, tu tía y tu prima no tienen ningún espacio sobrante, aun cuando vivan en un lugar elegante, o mejor dicho, por vivir en él. Era imposible que nos metiéramos en la casa tres personas y los arrinconáramos, aunque sólo fuera por unos días, en la estrechez más incómoda. Tu tío Ridel tiene su sueldo de empleado, pero ha sufrido grandes reveses, perdió todo el año seis, no es rico y no sería decente por nuestra parte, en ningún caso, vivir a sus expensas. Sin embargo, yo tenía necesidad de abrazar alguna vez, por fin, a mi hermana más pequeña, nuestra Mali, y alegrarme de la felicidad de que goza junto a su buen marido, ¿quién habría de amar-

gármelo? No olvides que puedo serles útil a esos queridos parientes. Tu tío aspira al puesto de director de cámara del Gran Ducado, y yo puedo dar una ayuda eficaz a sus deseos, aquí sobre el terreno, mediante mis relaciones y viejas amistades. Y por otra parte, ¿no ha llegado el momento de que tú, hija mía, estés por fin a mi lado después de una separación de diez años y puedas acompañarme, siendo la más indicada para este viaje de visita? El particular destino que me ha caído en suerte, ¿habría de impedirme seguir los impulsos más justificados de mi corazón?

—Desde luego, no, mamá; desde luego, no.

—¿Quién había de pensar tampoco —continuó la consejera— que íbamos a caer inmediatamente en los brazos de un entusiasta como ese Ganimedes de patillas? Precisamente se queja Goethe en sus *Memorias* de la plaga que siempre le ha asaltado con la curiosidad de las gentes, que querían saber quién era la auténtica Lotta y dónde vive, y que no ha podido protegerse de su asalto mediante ninguna clase de incógnito; una verdadera penitencia creo que dice, y que si hubiera pecado al escribir su librito, ya ha pagado bien su falta, y por encima de la tasa. Pero se advierte que los hombres, y más aún los poetas, sólo piensan en sí mismos; pues no se da cuenta de que, además de todo, también hemos tenido que sufrir nosotros, tu buen padre y yo, el asalto de la curiosidad, igual que él, a causa de su lamentable mixtura de poesía y realidad...

—De ojos negros y azules.

—Quien sufre el daño no va a preocuparse por las bur-las, y mucho menos las de su Lottita. ¿Habría de reprocharle

al hombre insensato que me haya tomado por la Lotta de Werther, así en cuerpo y vida?...

—Estuvo bastante impertinente al querer consolarte de la falta de concordancia, diciéndote que eres la Lotta de Goethe.

—Tampoco he querido dejarle pasar eso, sino que se lo he rechazado con franco desagrado... Tendría que no concerte, hija mía, para no sentir que, según tu carácter rígido, yo hubiera debido atar corto al hombre desde el comienzo. Pero, dime, ¿cómo? ¿Negándome a mí misma? ¿Significándole que no quería saber nada de mí misma y de mis circunstancias? Pero ¿es que tengo yo derecho a disponer de esas circunstancias, que pertenecen ya al mundo? Tú, hija mía, eres de una naturaleza distinta a la mía; permíteme añadir que ello no disminuye en un ápice mi cariño hacia ti. Tú no eres lo que suele decirse afable, que es cosa muy distinta de cuanto signifique espíritu de sacrificio y disposición a consagrar la vida a los demás. Hasta me parece a veces que una vida de sacrificio y consagrada a los demás es la maduración de cierta acritud... Sí, digámoslo sin elogio ni censura, o aun con más elogio que censura: de cierta dureza, que con la afabilidad no se produce. Tú, hija mía, no puedes dudar de mi respeto por tu carácter, como no dudas de mi cariño. Desde hace diez años eres tú, allá en Alsacia, el ángel bueno de tu pobre y querido hermano Carlos, que perdió a su mujer y una pierna... nunca una desgracia viene sola. ¡Qué sería sin ti de mi pobre y torturado hijo! Tú eres su cuidadora, su ayuda, dueña de casa y madrecita de los niños. Tu vida es trabajo y dedicación sin igual, ¡cómo